otra más brusca me dió un fuerte empujón hacia adelante, á tiempo que oí la voz de Pedro Martín:

—¡Monte y váyase!

Sonaron dos detonaciones á mi espalda y llagaron á mi oído dos ó tres palabras pronunciadas por el Comandante Cabezudo, que no son para escritas, pero que pueden adivinarse sin dificultad.

---

## VIII.

## Los Llamas.

El rancho de la Guayaba parecía creado para el idilio por un poeta de buen gusto, y de ingenio superior á los más de los que hoy se usan y estilan. La naturaleza, revelándose contra los sueños clásicos, que clásicos y todo, son más desatinados que las fiebres románticas de mayor intensidad; la naturaleza, digo, enseñaba allí á los excelentes Llamas cómo se forja el idilio americano, y cómo le habría soñado y revestido el poeta de las bucólicas, si hubiera nacido en nuestro siglo y en nuestros climas. Allí no había pastoras ni ovejas; las Galateas eran desconocidas, tanto como los Batilos y Filenos,

los rabeles y las zampoñas; pero maldita la falta que hacían.

El río de los Venados golpeaba sus abundantes aguas contra las enormes piedras que interrumpían el ancho cauce, y mientras una ligera capa de niebla, como agua pulverizada, se mecía sobre la superficie espumosa del río, el ronco estrépito de la corriente contrastada y revuelta llenaba el espacio con rumor sonoro y majestuoso. Ancho y verde bosque ceñía y encauzaba la impetuosa corriente, y el viento del otoño parecía gozarse en las altas copas de los árboles, que se mecían á su impulso, lanzando como un suspiro prolongado y dulce. En seguida y sobre la margen izquierda comenzaba una ancha pradera no enteramente desprovista de árboles, y frecuentemente interrumpida por grupos de arbustos que formaban pequeños oasis. Y allí donde el bosque parecía, con árboles gigantescos avanzados, querer invadir los dominios de la llanura, y ésta pugnaba por llevar sus zacatecales al interior del bosque, se mostraba humilde y sencilla la desgarbada casuca de los Llamas, á la cual rendían culto y veneración hasta media docena de *jacales* apoyados en los gruesos troncos de los árboles, ó guarecidos bajo su fresca sombra. Á cincuenta varas de la casa, un corral con unos cuarenta becerros; cuatro ó cinco vacas al derredor, consolando á los tiernos prisioneros y lamiéndolos por entre las estacas de la cerca, entre uno y otro mugido cariñoso; cantos de pajarillos en el bosque que regresan ya al nido; dos ó tres mozas que tararean sones extraños á orillas del río mientras llenan los cántaros; trabajadores que vuelven de los sembrados con la azada al hombro y el cigarro en la boca; y todo esto alumbrado por un sol poniente que dora las lomas, fingiendo con ayuda del viento en los zacatales olas inquietas sobre un mar de oro líquido, en tanto se alza como única digna de cantar tanta belleza la ronca voz uniforme y soberbia del desatado río. Y si esto no es idilio ó no es verdad, que baje Dios y lo diga.



El pastorcillo de grande ingenio y sonoro rabel, y la zagaleja de rosados talones y ma-

nos de algodón, no se crían en el rancho de la Guayaba: sólo pueden vivir y medrar en el gabinete de estudio del desalmado helenista, que á trueque de parecerse á los antiguos modelos, no rehusaría calarse el yelmo de Mambrino ni aun tomar el bálsamo de Fierabrás. El es el temible desfacedor de agravios, enderesador de tuertos, amparo de viudas y tutor de pupilos que sobrevivió á Cervantes; pero ahora rompiéndose prodigiosamente las ligas que pusieran entre amo y escudero la locura de uno y la simplicidad del otro, Don Quijote embraza su lanzón contra Sancho, y Sancho ríe á su sabor y menudea las burlas.

Todo esto lo pienso ahora; pues en aquellos días preñados de inquietudes y peligros, lo que menos me ocurrió fué hacer idilios ni deslizar la imaginación por el áspero camino de la crítica literaria.

¿Qué había sucedido? ¿Á quién había yo matado? ¿Quiénes dispararon pistolas á mis espaldas? ¿Había muerto Soria ó sacarían Don Mateo y Pedro la peor parte? Yo una vez sobre el caballo, salí á la calle por la



puerta que daba al Norte, y ví salir á Remedios y su vieja criada Pepa, acompañadas por tres hombres del barrio del Arroyo; supe que la llevaban á una casa del arrabal y la seguí.

Allí me detuve, no obstante las súplicas de Remedios, que, pálida y nerviosa, temía más por mí que por ella. Ví reunidos en un momento más de treinta hombres armados de machetes, garrochas y algunas escopetas, y tomé el rumbo del rancho, haciendo el necesario rodeo, sólo cuando recibí orden formal de hacerlo, que en nombre de Don Mateo se me comunicó, aunque sin decirme su estado y paradero; y cuando me persuadí de que Remedios, bien escoltada y bien montada, tomaba el camino de la hacienda más próxima del Comandante: San Bonifacio.

En el corredor de la casuca que daba frente al río, refrescado por una enramada añadida á la altura de la solera, tenían los Llamas su comedor; y estaban en la mesa tomando los primeros sorbos de un buen caldo, y refiriéndose recíprocamente los dos

hermanos y las señoras las hazañas de Artagnan, cuando les caí como llovido del cielo.

—¡Juanillo! ¡Pues es Juanillo! gritó Don Justo, levantándose y saliendo á mi encuentro.

—¿Juan? dijo Don Agustín. ¡Es verdad!

Todos me abrazaron, inclusas las dos solteronas, y todos se atropellaban haciéndome estas preguntas:

—¿Qué milagro?

—¿Cómo tanto bueno por aquí?

—Vamos, dijo Don Justo, que era siempre el que al fin predominaba, como mayor en edad, saber y gobierno; llega usted á tiempo, pues comenzábamos á comer; y aunque platitos de pobre, vd. sabrá disimularlos y gustará de alguno.....

—Gracias, interrumpí; continúeu vds.; yo no como.

Por de contado que no tuve la energía necesaria para dominarme y ser fino con aquella buena gente.

—Pero, hombre, de seguro que vd. no comió en San Martín.

—No, ciertamente.



Y recordé entonces que no me había desayunado tampoco.

—Pues coma vd., hombre, coma vd., me gritó Don Agustín, que era hombre que gritaba siempre, sobre todo si se trataba de demostrar la superioridad de Athos sobre los demás mosqueteros.

Yo me senté y no dije una palabra. Mi espíritu no estaba aún ejercitado en tan rudas impresiones y combates.

—¿Está vd. malo, Juan? me preguntó Doña Sabina agitada.

—De veras, Juan, vd. tiene algo; añadió su hermana alargando el pescuezo hacia mí.

Contesté negativamente y procuré que comieran; pero no fué posible, é incapaz ya de resistir á sus reiteradas instancias, entregué á Don Justo la carta del Comandante. Palpó él exteriormente las bolsas de la chaqueta y el pantalón, mirando con inquietud el sobre, y hubo de encontrar los anteojos al cabo de tres minutos. Leyó con cierta dificultad los renglones de palotes escritos por Don Mateo, repasándolos algunas veces, y fuése pintando en su semblante una

serie de diversas impresiones interiores, que los hermanos seguían con angustia, mirándole de hito en hito. Dotados de buen olfato, los Llamas se habían trasladado á la Guayaba tan luego como *La Conciencia Pública* les había anunciado próxima tempestad, é ignoraban de todo punto lo ocurrido aquel día.

Mientras la carta pasaba á las manos de Don Agustín, y las solteronas, colocadas á su espalda, la leían también por encima de la cabeza de aquel, Don Justo, vacilante, indeciso y tartamudo me dirigía estas palabras:

—¡Es decir, que la revolución es ya un hecho en San Martín! ¡Es decir, que ya los hombres trabajadores y honrados, vamos á comenzar á sufrir de nuevo los estragos de la gente desordenada y sin oficio! Lo mismo fué hace pocos años, y eso que la gente de San Martín no se ha metido en todas las bolas. Mañana echarán un préstamo los de la revolución y pasado mañana los del Gobierno, y esos mejor se debieran llamar dádivas ó robos, puesto que nunca se los pagan á uno.



Al buen viejo casi se le saltaban las lágrimas.

—Sí, señor, continuó; yo he contraído compromisos para mejorar algo este rancho, agregándole un pedazo de tierra que pertenecía á Cerro-verde; y es una verdadera picardía que porque al Sr. Gavilán se le antoja trastornar el país, yo no pueda pagar mis deudas y realizar un beneficio para mi finca, porque unos y otros necesitan de mi dinero, de mis caballos, de mis toros y hasta de mi casa, para matarse y perjudicarse recíprocamente! Pues no, señor; que fusilen, que ahorquen á ese Sr. Gavilán, y todo quedará en paz. De seguro que el tal Gavilán no tiene ni en qué caerse muerto, ni tampoco ganas de trabajar, y por eso arma estas bolas que en nada pueden perjudicarle.....

—Es claro, gritó Don Agustín, tirando la carta sobre la mesa; es claro que ese licenciado no tiene nada, ni siquiera pleitos. El hombre trabajador se interesa por la paz, y este señor ha sido siempre inquieto y amigo de las revueltas. Pero no: lo que es aho-

ra va á llevar chasco; porque el pueblo está cansado de motines y desórdenes y ya no quiere más.....

—Eso es la verdad, dijo Don Justo.

—¡Ya no quiere, ya no quiere! clamaron á duo las angustiadas señoras.

—Es claro que no, concluyó el de los gritos.

¡En aquel tiempo se creía de buena fe que nuestro pueblo era capaz de cansarse!

¡Cuántas cosas dijeron! ¡Cuánta doctrina acumularon, sana y sentenciosa, y cuánta censura reunieron, acre y punzante contra revoluciones y jefes de revueltas! ¡Cómo se marcaban en aquellos cuatro semblantes la ira y el temor, el despacho y la angustia, la desesperación y el abatimiento! ¡Y cómo sus cortas inteligencias confundían la revolución con la bola lamentablemente, al modo que en sus juicios pesaban en la misma balanza á Artagnan y al Cid, á Milad y á María Stuardo!

—En todo, les dije cuando me dejaron hablar, tienen vds. mucha razón, y veo y comprendo que mi presencia en su casa los



pone en peligros que no tienen por qué correr. Estoy avergonzado de mi imprudencia (y era la verdad) y voy á retirarme, rogándoles solamente, que recojan las cartas ó noticias que para mí vengan, mientras doy aviso á mi madre del lugar en que haya de permanecer.

Estupor general. Vacilación brevísima en que los Llamas se desconciertan y vuelven sobre sí. Desorden en seguida, pues todos cuatro se disputan el derecho de darme una satisfacción.

—¡Pero, hombre, qué está vd. creyendo!

—¡No nos ha entendido vd!

—¡Si yo no he dicho eso!

—¡No faltaba más que le dejáramos ir!

—¡Vaya un Juan!

—¡Ah qué Juanito!

—¡No, hombre de Dios! Entiéndanos vd. Esto que le decimos se refiere.....se refiere así.....á las revoluciones en general; es decir, no quisiéramos que hubiera ninguna; porque sufrimos justos por pecadores; pero en esta vez.....pues en esta vez deseamos que triunfe, por muchos motivos, principal-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

mente por nuestro buen amigo Don Mateo, que merece estar muy alto y que es víctima de muchos abusos. No, señor; no se irá vd. y aquí le ocultaremos. ¿Le vió á vd. entrar algún terrazguero de la finca? Bueno. Pues no hay cuidado. Los criados son seguros; su caballo de vd. permanecerá siempre ensillado en el patio de adentro. Vd. se encierra en el cuartito de Sabina y no sale para nada. Allí hay novelas para que se distraiga.

Resistí, sin embargo, devolviéndoles sus propios argumentos y consideraciones; pero los cuatro hermanos contestes y unísonos me vencieron.

—Se queda vd. y muy que se queda.

—Pues me quedo.

El cuartito de Doña Sabina, que como la menos envejecida y más frescachona, era la niña mimada de la familia, tenía relativamente alguna comodidad y mejor aseo. No faltaban siquiera ni el aguamanil de porcelana corriente, ni la mesita de carpeta azul á que daba la señora el ambicioso nombre de escritorio.



Allí me encerré con el alma atribulada y congojosa, acosado de las más terribles imaginaciones que no me era dado vencer ni moderar. Sabía yo de lo que eran capaces los Coderas despechados y furiosos; y si la suerte de Remedios podía inquietarme, mucho más me afligía la que mi madre probaría tal vez, desconsolada y enloquecida con mi ausencia y mis peligros, y quizá ultrajada y aun maltratada por aquella bestia feroz.

No sé cuánto tiempo permanecí sentado frente á la mesita con los brazos cruzados sobre ella y la cabeza entre los brazos. Una mano abrió la puerta del cuarto, y luego vino á posarse sobre mi hombro. Alcé la frente y apenas pude reconocer á Don Justo, pues casi había oscurecido por completo; pero bastóme oir su voz recatada, seria y pastosa, para comprender que estaba vivamente afectado. Llegó en el momento en que, siéndome las cavilaciones insoportables, me determinaba como buen *bolista* á desobedecer á mi Jefe, largándome para San Martín en busca de mi madre.

—Me voy, le dije anticipándome.

—¡Qué ha de irse vd.! contestó el propietario, dominado por el mal humor. Tenga vd. esto, y espere aquí al correo que quiere hablarle.

Tomé la carta que se me daba y rompí el nema con precipitación. Doña Sabina me llevó una vela y leí los garabatos del Comandante, que se reducían á decirme que escribiera inmediatamente la proclama en un tono como el de *La Conciencia*, si era posible tanto, y se la mandara desde luego con el mismo correo, para repartirla manuscrita, mientras se imprimía. Después de la firma decía:

«*Aumento.*—No se mueva de allí.

*Vale.*»

La orden no podía ser ni más terminante ni más lacónica. En la carta que escribió á Don Justo le decía: «No me deje salir á Juan.» Y nada de explicar aquella orden tiránica.

Llamé al correo, y ví ser Antonino, mozo del barrio del Arroyo, á quien conocía yo bastante, como á todos los de San Martín. Aun le agradezco hoy las noticias que me



dió y los recados que de mi madre por su boca recibí. Estaba sumamente afligida, pero confiaba en Dios y en mi juicio. Sabía cuanto había pasado en la Jefatura y en casa del Comandante y lo que más atribulada la tenía, era que, al decir del curandero del pueblo, el mozo de Soria á quien había roto la cabeza con la silla, estaba muy grave. Mi casa había sido cateada y sometida mi madre á rendir largas declaraciones en la Jefatura sobre mi desaparición; pero ningún atropello se le había cometido.

Me parecía verla, al oir sus recados en la tosca lengua del pedreño; y no pudiendo contenerme, dejé durante un rato correr mis lágrimas. Después entramos en materia y el mozo me refirió los hechos brevemente. Don Mateo y Pedro Martín fueron á mi casa mientras yo estaba en la casa del Comandante, y allí se encontraban cuando tres soldados se presentaron para llevarme á la Jefatura por orden de Coderas. Ambos corrieron á buscarme en seguida, temiendo que se me sorprendiera en mi escondite, y tratando de prevenirme; y cuando al entrar me vie-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

ron esgrimiendo la silla y á Soria acogotándome, lanzáronse sobre él y otros dos que le acompañaban Don Mateo y el indio Pedro. Á un bofetón respondió Soria con una bala que el Comandante le devolvió en seguida. Nadie se hizo daño, y Soria y sus acompañantes abandonaron el campo, huyendo por la sala á la calle y dejando maltrecho y sin conocimiento al que recibió el silletazo. Cuando Remedios salió, ya la acompañaban algunos partidarios del Comandante, que le siguieron cuando iba de mi casa á la suya al verle tan apresurado. Salieron luego él y Pedro, con la oportunidad necesaria para que al llegar los esbirros de Coderas no encontraran en la casa ni siquiera un caballo. San Martín quedaba hecho *una lumbre*, y Don Mateo y Pedro, con cosa de doscientos hombres, en las rancherías más próximas al pueblo; pero malísimamente armados, esperaban para atacar á Coderas á superar con el número la ventaja de las armas que aquél tenía. El Jefe político probablemente había reunido ya unos ochenta hombres, aunque la mayor parte le aborrecían y eran cojidos



de leva. Por último, Don Mateo pensaba venir á la Guayaba al día siguiente, y quizá por eso me obligaba á permanecer en el rancho.

Aquella noche no dormí hasta las cuatro de la mañana. Pero á esa misma hora, Antonino llevaba al Comandante la proclama más enérgica que ha parido cerebro revolucionario.

---